LA TIERRA ES CHICA

por JAVIER DE VIANA

Bajo una pertinaz garúa, el cielo estaba gris, frío el ambiente, lodoso el suelo.

Hacía una semana que se mantenía ese tiempo perverso. Empezó la llovizna en la madrugada del domingo anterior, justo en el instante en que don Cantalicio abandonaba para siempre el rancho que construyó el abuelo y dentro de cuyos negros muros nació él y nacieron sus hijos.

Era un domingo así, brumoso, frío, triste, cuando la miserable caravana se puso en marcha hacia lo ignoto.

En el desvencijado carrito, en un hueco, entre los cachivaches que constituían todo su menaje, iba acurrucada la vieja Silvia, sosteniendo en sus faldas al más pequeño de los nietecitos.

El otro, que apenas contaría diez años, montado en un petiso maceta, con mucha panza en pocas carnes, conducía a la cincha el carromato.

Delante, caballero y otro matungo magro y añoso, marchaba don Cantalicio, arreando al tranco una puntita de ovejas, que no pasarían de treinta.

A un costado del vehículo trotaban, silenciosos y tristes, como si ellos también comprendieran y experimentaran la pena del éxodo, «Barcino» y «Fiel», los dos perros veteranos, de mandíbulas casi desdentadas y de garganta casi sin voz.

Al atardecer del domingo, habiendo encontrado al borde del ancho camino real, un pedazo de tierra con alguna pastura, hicieron alto y plantaron el primer campamento.

Con un viejo poncho y una frazada raída, se improvisó una carpa para albergue de ña Silvia y la criatura.

Don Cantalicio hizo fuego con unas ramitas que antes de partir había cortado del membrillero muerto del guardapatio, y la viejecita preparó la cena frugal.

Después, siempre en silencio, personas y bestias se tendieron a la intemperie, buscando en el sueño alivio a la penuria de aquella primer jornada en el amargo viaje a lo desconocido.

Pero el sueño se empeñó en negar su bálsamo al viejo paisano. Su espíritu, obscurecido por los años, por las fatigas y por los azotes de la adversa suerte, luchaba por hallar explicación a aquella suprema injusticia del destino.

Hacía más de cincuenta años que ocupaba el Puesto Chico, sucediendo a su padre, que había sucedido a su abuelo.

Por mucho tiempo fueron simples «agregados», pagando el usufructo del escaso terreno con su gratuito concurso a las faenas de la estancia; paradas de rodeo, yerras, esquilas, monteadas y aún otras muchas.

Después, a medida que el progreso iba expulsando a latigazos las sencillas instituciones patriarcales, hubieron de someterse al nuevo régimen. La lana del pequeño rebaño que mantenían para el consumo, debió partirse por mitades con el propietario de aquel campo inmenso, en la mayor parte inculto y despoblado. La mitad del trigo y del maíz que producía la chacra, los mejores productos de la huerta de hortalizas, las sandías más bellas y los duraznos más preciados correspondían al amo.

Como don Cantalicio era un hombre fuerte y animoso y contaba con la ayuda de su esposa y de tres hijos que no le desmerecían en honradez y amor al trabajo, fueron viviendo.

Pero una noche cantó la lechuza posada sobre la cumbrera del rancho. La muerte entró y se instaló en la casa, cebándose en la carne fresca. Uno tras otro, en breve espacio de tiempo, sus tres hijos fueron conducidos al «Bajo de Las Cruces».

Los años y los sufrimientos agotaron las fuerzas del valeroso trabajador. La producción mermaba de año en año y llegó un día en que el patrón lo expulsara sin misericordia, como se manda al matadero al buey viejo que ya no puede con el yugo.

El imploró. No le hicieron caso. Protestó, y entonces intervino la «justicia», que, en nombre de la justicia, lo arrojó con su vieja mujer, con sus cachivaches, con sus nietecitos, sus treinta ovejas ruines y sus dos perros viejos, al camino real.

—¡Canejo!—exclamó don Cantalicio en un relámpago de rebelión.—¡Si yo lo hubiera sabido hace veinte años qu'esto es la justicia, o si yo tuviese aura la fuerza de hace veinte años!...

Pero se resignó en seguida y cuando en el momento de la partida el mayor de sus nietos le propuso ingenuamente:

—Tata viejo ¿quiere que le prienda juego al rancho pa que no puedan aprovecharlo ni pa leña?—él lo miró severamente y respondió:

—Si el caballo patiase a traición como la mula, sería mesmamente despreciable como la mula!...

Y eran ya siete días de lento rodar por el camino, sin objeto, sin rumbo, sin propósito. Al amanecer de aquel domingo, don Cantalicio se puso a observar la enormidad del campo, casi desierto, que se extendía a ambas lindes del camino.

—¡Cuánta tierra!... sobre esta tierra viven ñanduces, venaos, zorros, vizcachas, comadrejas, peludos, lagartos, víboras y tuita laya e sabandija inútil o dañina!... Y para un pobre viejo como yo no alcanza!... ¡Tánta tierra! ¡Tan grande la tierra! Y sólo resulta chica p'al que la trabaja, p'al que la quiere con amor, p'al que se casa con ella y le hace hijos.

IMP. FALCO Y BORRASE

DE ADMINISTRACION

Avisamos a nuestros Agentes y suscritores no demoren el pago de las suscriciones si no quieren entorpecer la regularidad de VIA LIBRE.—Les agradeceremos la cancelación de la serie de los números 5 a 8.

FEOLI & RIMOLO

Almacén de Materiales de Zapatería. Sombrerería. : Algodones al por mayor.
: : Calle Central, al lado de La Geisha : :
San José —— Costa Rica

Tomar cerveza y refrescos

TRAUBE

Los preferidos por los costarricenses

Fotografía Sotillo

UN TALLER DEMOCRATICO PARA UNA CLIENTELA DEMOCRATICA
CALLE DE LA ESTACION

Panadería La Soledad

Para la fabricación del pan y galletas se emplea la mejor harina que llega al país. Atendida por su propictario.
FELIX TOBELLA